

MI DEUDA CON «CIEN AÑOS DE SOLEDAD»

Fernando Valls

Escritor

Universidad Autónoma de Barcelona

Debí leer *Cien años de soledad* en 1970, cuando todavía era estudiante de bachillerato. Tenía entonces 16 años y estudiaba el bachillerato en el Instituto masculino de Almería. Mi madre había viajado a Madrid y le pedí que me la trajera de regalo. Algunos amigos que estudiaban un par de cursos más que yo, el COU, durante el primer año que se impartió, la habían leído con entusiasmo, por encargo de su profesor de Literatura, y me la recomendaron mucho. Yo era entonces un mal estudiante, pero, en cambio, me gustaba leer y estaba fascinado con la literatura hispanoamericana, entonces de moda. Aun a riesgo de parecer que era un joven repelente, debo decir que no solo había leído *La ciudad y los perros*, sino también *La casa verde* y *Conversación en La catedral*, de Mario Vargas Llosa, y algunos de los primeros libros de García Márquez, como *La hojarasca*, *La mala hora*, *Los funerales de la mamá grande* y *El coronel no tiene quien le escriba*, en ediciones que todavía conservo de la editorial Sudamericana, de su colección Índice, capitaneada por el gran Francisco Porrúa. El caso es que mi madre volvió con la única que había entonces, aquella que tenía la cubierta de Vicente Rojo, con la E invertida, aunque entonces yo apenas apreciara esos detalles, a pesar de que me llamaran la atención: la edición de Sudamericana, de Buenos Aires. Leí el libro con absoluta fascinación, por el tipo de historia que contaba, los peculiares personajes de la familia Buendía, con sus extravagantes nombres que se repetían una y otra vez: los Aurelianos, José Arcadios, Úrsulas y Amarantas, y por una fantasía a veces

desbocada. E incluso por la peculiar dedicatoria, a María Luisa Elío y Jomí García Ascot, de quienes ignoraba entonces que eran exiliados republicanos españoles en México, y su deslumbrante inicio:

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre...”

Me gustó tanto la novela que quise saber más del autor y del libro, de modo que me compré pronto las conversaciones de Fernández-Braso con el escritor colombiano (*La soledad de Gabriel García Márquez: una conversación infinita*); el libro de Andrés Amorós, *Introducción a la novela hispanoamericana actual*; *Los nuestros*, de Luis Harss; y el breve estudio de Ricardo Gullón, *García Márquez o el olvidado arte de contar*, en los Cuadernos Taurus. Después leí otros libros suyos, yo diría que todos, pero ya no volví a sentir ese deslumbramiento inicial que me prodijeron sus cuentos y la primera novela; aunque disfruté mucho en Cartagena de Indias recordando los lugares en que transcurre la acción de *El amor en los tiempos del cólera*, y yendo en peregrinación hasta la casa del escritor y el hotel que le gustaba frecuentar, el Santa Clara.

Si mal no recuerdo, volví a leer la novela a comienzos de los años noventa, para explicarla en un curso universitario, y seguía gustándome y creo que la comprendí y aprecié mejor. Hoy puedo decir con certeza que si me he dedicado a la enseñanza y al estudio de la literatura fue debido a la fascinación que me produjeron entonces libros como *Cien años de soledad*. A García Márquez solo lo vi en persona una vez: iba acompañado por Carmen Balcells, me parece que sucedió también a comienzos de los noventa, en un restaurante de la calle París, en Barcelona. Mi acompañante y yo entramos en el local, que ya no existe, y a la izquierda junto a la ventana que daba a la calle estaban

ambos sentados a la mesa. Saludé a la agente, ella me devolvió el saludo, y seguí hasta el fondo del restaurante. De vez en cuando, Carmen Balcells me miraba y en alguna de esas ocasiones, le comenté algo a García Márquez. Un poco después, el camarero me entregó una nota escrita de su parte, en la que me preguntaba si yo era Fernando Valls. Le dije al camarero, que me había indicado que esperaba respuesta, que sí, que lo era. Me imaginé que nos iban a invitar a sentarnos con ellos, o al menos a compartir el café, pero no fue así. El caso es que acabamos de comer, pagamos, y nos encaminamos hacia la salida del local. Al pasar junto al escritor y su agente les dijimos adiós, ellos nos contestaron sonrientes, pero no hubo nada más. Me hubiera hecho gracia haber tomado al menos un café con el autor de *Cien años de soledad*; a Carmen Balcells la traté en diversas ocasiones, incluso me invitó a su casa a cenar. Desde entonces, nunca más me ha vuelto a hacer ilusión como entonces comer con un escritor, ni siquiera tomar café.